

CAPITULO XLII.

LA JUNTA DE SALVACION.

(CONTINUACION DEL 49 DE JULIO.)

El pueblo, ya triunfante y dueño de todo Madrid, tenia acoralados á sus enemigos, en el real palacio, en el principal de la Puerta del Sol, y en los respectivos cuarteles que solia ocupar la tropa, donde se construian á toda prisa nuevas fortificaciones para su defensa; y era tan imponente el aspecto que presentaban estos puntos, particularmente las inmediaciones del citado real palacio y el parque de artillería establecido en el cuartel de San Gil, que todo presagiaba que la lucha estaba aun en su comienzo, y que habia de correr mucha sangre antes de que el pueblo acabase de ceñir á sus sienes el inmarcesible laurel de la victoria.

El aspecto de la poblacion no era menos terrible que el de los puntos ocupados por las huestes enemigas; desempedradas las ca-

lles y provistos todos los balcones de piedras, era de todo punto imposible que osára la tropa invadirlas; pero su tenaz resistencia y la actitud cada vez mas hostil de que hacia alarde, eran claros indicios de que si por desgracia llegára á ser el pueblo vencido, los horrores del 2 de mayo de 1808 nada hubieran sido en cotejo de los que surgieran de la sed de venganza en que ardian los tiranos que hacian del régio trono su barricada.

Habia sonado la hora crítica, y todo Madrid se lanzó al palenque.

Las filas de los defensores de la libertad se engrosaron de una manera asombrosa, y recibió la revolucion tal empuje que se hizo ya imposible contener sus rápidos progresos.

Los periódicos liberales, y multitud de hojas volantes escritas por ciudadanos de ideas avanzadas, alentaban el entusiasmo popular; y como si hasta la Providencia quisiera dar á la sazón una prueba de su justicia, proveyó á una de las mas imperiosas urgencias.

Varias mujeres que al amanecer se hallaban á la parte exterior de la puerta de Fuencarral, observaron que en direccion á la misma, bajaba un carro sigilosamente cubierto y custodiado por algunos hombres armados que se les antojaron militares vestidos de paisanos; y comenzaron á gritar y prorrumper en denuestos contra los mismos.

A tales voces se agrupó una inmensa muchedumbre en torno del carro y no tardó en averiguar que conducia municiones de guerra.

Los mismos soldados que en traje de paisanos las custodiaban se apresuraron á ofrecerlas al pueblo, deseosos sin duda de salvar sus vidas.

Contentóse el paisanaje con desarmarles y apoderarse de la codiciada presa, suficiente para proveer de cartuchos y pistones á todos los combatientes que defendian la buena causa.

El carro entró en Madrid en medio de los vítores del paisanaje, cuando toda la poblacion en masa estaba ya resuelta á no dejarse esclavizar de nuevo por sus insolentes opresores; y este auxilio tan oportuno redobló el hervor de los denodados madrileños.

Esta feliz casualidad, agregada á un acto de valor ejercido por el torero José Muñoz, vulgarmente conocido por *Pucheta*, sacó al pueblo de su mas apremiante apuro.

Al frente de unos doscientos paisanos, dirigióse el mencionado torero á la Puerta de Toledo, intimó la rendicion á los carabineros que la custodiaban, los cuales entregaron las armas sin resistencia, y el mismo Pucheta con los suyos, encaminóse al polvorin, situado á la otra parte del puente, y se apoderó de toda la pólvora que en él existia.

Avanzaron las masas populares en todas direcciones, y en todas partes rompió el fuego á un tiempo mismo; pero mas nutrido que nunca...

Las descargas cerradas, el fuego graneado, el estampido del cañon, resonaban por todos los ángulos de Madrid, sin cesar un solo instante.

Levantábanse por todas partes nuevos parapetos entre el silbido de las balas.

Las barricadas de la Carrera de San Gerónimo, de la calle del Cármen, de la de Preciados, Montera y otras llegaron á sitiar las fuerzas del Principal, que no tardaron en experimentar la falta de viveres y de agua.

Debemos hacer mencion del ya citado parapeto construido en



VALDIVIA PINTO.

URABIETA D.

(21)

(Ayguals de Izeo hermanos, editores.)

la calle de la Montera: solo tres valientes resistieron los fuegos de las fuerzas del Principal y contestaban á ellos, guarecidos por la empalizada de una obra, en tanto que otros ciudadanos, no menos atrevidos, con los maderos, mesas y cajones que sacaban de sus tiendas formaban el parapeto, que después del triunfo popular ostentó hasta que se deshizo, la inscripcion siguiente:

ESTA BARRICADA, AUNQUE FEA Y DESAGRADABLE, FUÉ CONSTRUIDA EN LA MADRUGADA DEL 19, BAJO EL FUEGO DE LOS SOLDADOS DEL PRINCIPAL, POR CUYA RAZON ES LA VOLUNTAD DE SUS DEFENSORES QUE SEA LA ÚLTIMA QUE SE DESHAGA.

En otra calle llamaba tambien la atencion del público, en lo mas encarnizado del combate, una inscripcion; pero esta inscripcion era desgarradora, despertaba el despecho... escitaba á la venganza.

Estaba en otra barricada, junto al ensangrentado cadáver de un gallardo jóven... y decia:

HIJO DEL PUEBLO, EL PUEBLO TE VENGARÁ.

En aquellos terribles momentos de lucha, estaba el pueblo efectivamente ansioso de vengar la muerte de sus hijos; pero este justo furor, este ardiente anhelo de castigar severa y ejemplarmente á sus opresores, no le impidió ejercer esa generosa confianza que tan funesta le ha sido siempre.

Los que al ver la inusitada franqueza con que decimos la verdad que tanto amarga á los reyes y á sus viles aduladores, no hallan medio mejor de zaherirnos que calificarnos de *aduladores del pueblo*, nos calumnian villanamente.

Amamos al pueblo con idolatría si se quiere, porque en esas grandes masas de los hombres industriosos, en esos artistas que dan vida á lo inanimado, en esos pobres campesinos que hacen florecer la agricultura, en esos virtuosos artesanos que nos calzan, que nos visten, que fabrican nuestras moradas y hasta esos mármoreos palacios y cuantos objetos de lujo atesora en ellos la opulencia, admiramos en todo su esplendor el astro radiante de la humana inteligencia; en ellos, por mas pobres que sean, vemos á nuestros hermanos predilectos, y al tenderles una mano amiga, sentimos grata emocion cuando roza con su cútis encallecido por el trabajo.

Orgullosos cortesanos, guardad las vuestras en perfumados guantes para no darlas á luz sino en esos momentos que en vuestra pequeñez llamais solemnes, en que os arrodillais como degradados siervos delante de otro hombre, y á guisa del tímido can que lame la mano del dueño que acaba de apalearle, besais vosotros la del tirano que humilla vuestra dignidad.

Nosotros que solo nos arrodillamos delante de Dios; pero nunca delante de ningun hombre, preferimos estrechar la mano de un pobre jornalero mas que esté manchada de los ingredientes que en su honroso trabajo emplea; porque esta mancha no deshonra como las que el hurto y el asesinato han dejado indelebles en las manos de muchos poderosos.

Y porque hacemos justicia al pueblo ¿decís que somos sus adu-
ladores?

Os equivocais.

Hemos presentado al vicio en todas las clases de la sociedad, y en todas ellas le hemos censurado con la energía de que somos capaces, y si el pueblo en masa, á pesar de reconocerle como sobe-

rano á quien debe acatarse, se desvia de la recta senda, á este mismo pueblo por cuya felicidad escribimos, le diremos la verdad sin ambages, se la diremos con la misma franqueza que á los reyes, porque en el hervor de nuestra independendencia, no sabemos adular á nadie.

El pueblo, confiado en demasía, é incauto como siempre, cuando ya tocaba el triunfo con la mano, delegó su incuestionable soberanía en una Junta, creada por los mismos individuos que la formaban, que si bien eran todos personas de honrosos antecedentes, carecian de legitimidad en su origen como corporacion popular.

Sí, heróico pueblo, cometiste una grave imprudencia con abdicar tu soberana voluntad en una Junta que tú no habias elegido de entre los primeros valientes que se lanzaron contigo al peligro, porque desde el momento de admitirla sin desagrado, de prestar obediencia á sus disposiciones, renunciaste á la mision revolucionaria que con tanta gloria comenzaste.

Ha dicho un apreciable escritor, que como no podian abandonar sus puestos en las barricadas los combatientes del pueblo, y los muchos que á ellos se agregaron cuando el triunfo era ya indisputable, como por otra parte el tránsito por ciertas calles era aun peligroso, pues los soldados desde sus cuarteles hacian fuego á todo paisano que asomaba la cabeza, no podia la Junta formarse sino del modo que se formó.

Débiles son estos argumentos, pues ninguna dificultad ofrecia que los defensores de cada barricada hubiesen nombrado un representante entre sus compañeros, por manera que los que hubiesen merecido mayor confianza entre los primeros que se lanzaron á la liza formasen la mayoría de una corporación que aca-

baba de apoderarse de la iniciativa del pueblo.

En cuanto al peligro que habia por el tránsito de ciertas calles, no podia ser obstáculo para los que habian arrostrado otros peligros mucho mayores.

Cara pagó el pueblo su ciega confianza; á pesar de que las personas que cuando ya era incuestionable el triunfo de la revolucion, se reunieron para erigirse en Junta suprema, eran todas liberales y, como hemos dicho antes, de honrosos antecedentes, correspondieron muy mal á lo que de su liberalismo se esperaba; nada hicieron, absolutamente nada para enaltecer aquel glorioso alzamiento popular; antes bien le dejaron estéril en sus mas legítimas consecuencias.

¡Qué leccion! estúdiala detenidamente, generoso pueblo de Madrid, y no te dejes nunca alucinar por las apariencias.

Derramando tu sangre preciosa habias alcanzado una posicion tan imponente, que las huestes enemigas se te hubieran rendido á discrecion por falta de víveres, y te hubieran entregado á María Cristina, á Sartorius y á cuantos conculcadores de tu soberanía se habian guarecido á la sombra del trono.

No se hallarian ahora impunes tus enemigos haciendo mofa y escarnio de tu candidez.

No conspirarian en el extranjero, ni emplearian los millones que te han robado para ganar prosélitos y tramar planes de venganza con el deseo de volver á oprimirte, de volver á saquearte, y levantar otra vez su trono sobre las ruinas de España, sobre los cadáveres de cuantos contribuyeron en julio de 1854 al triunfo de la libertad.

¿Hiciste la revolucion para obtener estos resultados?

Imposible.

¡Oh pueblo!... ¡pueblo!... mucha sangre derramaste para recobrar la libertad perdida.

Mucho lloro tienes que derramar aun.... mucha sangre tal vez para afianzarla.

No olvides nunca tan terrible leccion.

Si tú hubieras llevado á cima tu obra, todos tus enemigos hubieran caido en tu poder, y no hubiera habido entonces mas ley ni mas gobierno que el que hubiera surgido de tu voluntad soberana.

¿Y qué mejor Junta para la direccion de tu marcha regeneradora, que la reunion de aquellos mismos ciudadanos á quienes espontáneamente elegiste por gefes durante la lucha?

Si la Junta suprema se hubiera organizado bajo esta sólida y legítima base, mas opimos hubieran sido los frutos del alzamiento; pero la Junta que apareció en aquellos momentos de victoria, confesó en su primera alocucion que se habia reunido POR EL MERO IMPULSO DE SALVAR EL ÓRDEN PÚBLICO.

Esto era poco á la sazón, pues tú, pueblo, no solo querias orden, sino libertad y garantías que asegurasen para siempre tu independencia, tu honor, tu bienestar y tu soberanía.

¿Te ofreció todo esto la Junta?

Oigamos su voz:

«Reunidos en Junta patriótica por el mero impulso de salvar el orden público tan comprometido ayer y hoy, faltariamos á nuestros sagrados deberes si nuestra primera operacion no se contrajese al objeto de impedir la efusion de sangre por una y otra parte.

La Junta ha dado órdenes á todos los puestos donde hay ciudadanos armados para que no disparen un solo tiro no mediando provocacion ó via de fuerza.

Esperamos por lo mismo que todos los gefes militares de los cuarteles y otros puntos donde haya fuerzas militares, den las mismas órdenes á los suyos para que no hostilicen á ninguno que pase por sus inmediaciones tranquilo y sin demostracion de hostilidad alguna, haciéndoles responsables en todo lo que mas importa al honor del hombre, de cualquier infraccion de una medida tan vital en las actuales circunstancias.

Evaristo San Miguel, presidente. = Juan Sevillano. = Alfonso Escalante. = Manuel Crespo. = Francisco Valdés. = Martín José Iriarte. = Gregorio Mollinedo. = Marqués de Tabuérniga. = Angel Fernandez de los Rios. = Marqués de la Vega de Armijo. = Joaquín Aguirre. = Antonio Conde Gonzalez. = José Ordax Avecilla.»

Mas esplicita en su acta de instalacion reveló esta Junta su pensamiento en los términos siguientes:

«En la M. H. villa de Madrid, á las siete de la mañana del dia diez y nueve de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro, reunidos los señores del márgen en el salon bajo de la casa del excelentísimo señor don Juan Sevillano, marqués de Fuentes de Due-ro, en los momentos de mas peligro, cuando el pueblo regaba con su sangre las calles de la capital, combatiendo con heróico denuedo á los enemigos de la libertad, determinaron constituirse en Junta de salvacion, armamento y defensa de Madrid, con el objeto de dar una acertada direccion al movimiento popular, economizar sangre y salvar las instituciones holladas por la mas bárbara é inaudita tiranía: después de haber elegido unánimemente para presidente al Excmo. Sr. don Evaristo San Miguel, aclamado por las fuerzas populares para que se pusiera á su frente, y por un inmen-

so pueblo que le siguió á la salida de su casa; y para secretario al primer vocal don José Antonio Miguel Romero, presente en el acto, se hicieron sin intermision los acuerdos que se espresarán: firman todos los señores concurrentes, de que yo el vocal secretario certifico. = Siguen las firmas que son las mismas de la alocucion. =»

Y no se crea que al desaprobado la aparicion de la Junta en los términos que lo hizo y al acusarla de haber esterilizado la revolucion y salvado á los grandes criminales de caer en poder del pueblo, tratemos de acusar individualmente á los patricios que la formaron.

Sus intenciones fueron seguramente laudables.

Restablecer el orden público y evitar la efusion de mas sangre española, eran verdaderamente dos grandes empresas; mas esto mismo podia haberse logrado sin entorpecer la magestuosa marcha de una revolucion que debió ser la última en España, con solo dejar al pueblo que consumára su obra; pero entró el temor en las almas pusilánimes, se creyó que el pueblo iria mas allá de lo que le convenia, y se quiso poner un dique al popular alzamiento; olvidando que cuando una revolucion se hace á medias, la sangre de sus víctimas es un gérmen fructifero que tarde ó temprano se desarrolla y produce otra revolucion.

Esto es lo que debia haberse evitado, porque lo que verdaderamente aniquila á los pueblos es ese eterno malestar que produce continuas revueltas y seca todas las fuentes de la prosperidad.

El anciano y venerable general San Miguel, con un valor verdaderamente heróico, habia atravesado por los sitios de mayor peligro, entre el nutrido fuego de las huestes beligerantes, con el fi-

lantrópico objeto de interponer toda su influencia para que Madrid recobrara la paz.

Su proverbial honradez, sus gloriosos antecedentes, y mas que todo la vista de sus respetables canas en el peligro, escitaron el entusiasmo del pueblo, que le aclamó por caudillo de la revolucion; pero el anciano general dirigió todo su conato á la salvacion del trono de Isabel II, y fué la primera rémora de la revolucion triunfante.

Instalóse la Junta, como hemos consignado, bajo la presidencia del Excmo. Sr. don Evaristo San Miguel, y apagándose el espíritu revolucionario, obró el espíritu de autoridad.

¿Qué importaba esto?

¿No habia una Junta de salvacion?

De salvacion... ¡lastimosa verdad!

¡LOS OPRESORES DEL PUEBLO SE SALVARON!!!



CAPITULO XLIII.

LAS ESPAÑOLAS.

Varios fueron los hospitales de sangre, que aunque improvisados en aquellos terribles momentos de lucha, hallábanse no solo bien provistos de lo necesario para la curacion de los heridos, sino que reinaba en su asistencia un orden admirable, bajo la direccion de excelentes facultativos, que impelidos por el noble deseo de ser útiles á la humanidad doliente, le tributaban con desinteresado celo todos los recursos del arte.

Además de estos dignos profesores, prestaban tambien importantísimos servicios á los desgraciados cuyo estado lastimero le reclamaba, esas criaturas que son siempre el consuelo y la delicia del hombre.

¡Llor eterno á las hermosas madrileñas!
Los que admirais sus gracias en las sociedades de buen tono; sus talentos en las reuniones científicas, su elegancia en los paseos, la